



1080026710

BT660
-G8
ch38



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Es propiedad,
queda hecho el depósito que marca la ley.



LA PEREGRINACION GUADALUPANA
DEL 15 DE AGOSTO
y las Hijas de María

§ I.

¿Qué son las peregrinaciones?—Cuál es su origen?—Tres más principales.—Su decadencia y resurrección en nuestros tiempos.

La idea de peregrinación, encierra el concepto de viaje ó camino, el de trabajo y fatigas voluntariamente aceptadas y el de un fin moral y religioso. El viajar por recreación, ó por motivo de comercio ó negocios no se llama propiamente peregrinar; ni el caminar entre fiestas y regocijos como los que marchan á paseo. La peregrinación entraña la idea de dificultades y trabajos, recibidos y aún procurados como obra penal; y un fin ó término esencialmen-

~~005295~~

te piadoso, como un santuario, una imagen venerada. Desde los primeros tiempos de la Iglesia han estado en uso las peregrinaciones: la Virgen María, después de la Asunción del Señor, peregrinaba frecuentemente al Calvario visitando los sitios de la Pasión é inaugurando así el piadoso ejercicio del Via-crucis; los primeros cristianos siguieron este ejemplo, y la Tierra Santa fué el lugar de la más grande y más frecuentada de las peregrinaciones, la que muchos santos, como Sn. Juan Kanció practicaron, con otra multitud de venerables personajes. Después de ésta fueron las más célebres, las peregrinaciones al sepulcro de los Apóstoles San Pedro y San Pablo en Roma, y la del Apóstol Santiago en Galicia, hasta tal punto que los Sumos Pontífices se reservaron la dispensa de los votos de estas peregrinaciones. En seguida vienen las de la Santa casa de Loreto, y de Nuestra Señora de los Angeles ó de la Porciúncula, en Italia, que fueron grandemente frecuentadas en la edad media; en tercera linea podríamos contar multitud de santuarios, principalmente de

los consagrados á la Virgen Santísima, tanto en Francia como en España, y aun en Alemania y en otras partes, como puede verse en La triple corona de la Madre de Dios del Padre Poiré; en el capítulo doce del primer tratado.

En la época moderna fué decayendo grandemente, con el espíritu de la fe, el entusiasmo de las peregrinaciones; nuestro siglo positivista, enamórese de lo material, y desdeñó todo lo espiritual y suprasensible: corre en masa á gastar sumas fabulosas por oír los trinos de una cantatriz, casi siempre de costumbres degradadas; se perece y hace gastos inmensos por presenciar las mil obscenidades de las exposiciones, que le llaman mucho más la atención que las máquinas y los inventos, y se precipita ansioso á subir á la torre de Eíffel, ascendiendo tanto más en la altura física cuanto más ha decendido en las regiones del espíritu y de la fe. Felizmente en el último tercio del siglo, ha comenzado á despertarse el entusiasmo por las peregrinaciones, que se precipitan en Roma á los pies del Padre Santo, y en Francia á la gruta de Lourdes, y en

Italia á la Virgen de Pompeya, y en todas partes á lugares venerados. Es digno de notarse que la Virgen Santísima, pidió á Bernardita en las rocas de Masabiéllé, que se hiciesen peregrinaciones, indicándonos así, como tierna madre, uno de los más eficaces remedios para los males de la época presente; y si el mundo sigue mostrándose docil á esta insinuación de lo alto, crecerán no poco las probabilidades de éxito en la empeñada lucha en la que somos actores y testigos.

§ II.

Causas de la falta de peregrinaciones en México.—Cómo van, no obstante, levantándose.

—El ejemplo del Obispo queretano.

—La lejana Sinaloa

¿Por qué en México no había habido hasta poco tiempo há, peregrinaciones? Por muchas causas varias y complexas: el estado de luchas políticas en que hemos vivido tantos años, no es nada propicio á las manifestaciones religiosas; la impiedad sembrando sus ideas disolventes por medio de sus libros y de sus diarios, é inoculándolas en las nacien-

tes generaciones por medio de sus escuelas, ha ido enfriando no poco la fe en los corazones; y ha predispuerto á multitud de almas, á correr más tras de los goces materiales que tras las severas prácticas de la religión y del culto; finalmente, nuestra apatía tan francamente confesada como poco combatida, nos hace ver como con cierto horror todo cuanto requiere actividad y movimiento, sacrificio y expensas; nos falta la fibra francesa que organiza peregrinaciones de diez mil y más personas, y la piedad italiana que recorre inverosímiles distancias con los pies desnudos para llegar á los santuarios. Sin embargo, de algunos años á esta parte, hemos comenzado ya á movernos; la peregrinación mexicana á Roma tuvo feliz éxito, y las que han comenzado á hacerse hácia el santuario de la Madre de los mexicanos, la maravillosa Virgen de Guadalupe, van tomando un incremento que augura al catolicismo nuevos triunfos. Principalmente al piadosísimo Pastor, al ferventísimo guadalupano, el Ilmo. Sr. Dr. D. Rafael Camacho, dignísimo Obispo de

Querétaro, diócesis también eminentemente guadalupana, es á quien se debe casi aun la iniciativa de las peregrinaciones y enteramente su organización y su celebración constante á fijos intervalos, presidiendo, animando y edificando personalmente la peregrinación anual queretana, que ha servido de modelo y á la par de emulación é incitamiento á las otras que han comenzado á levantarse. ¡Que Dios bendiga el celo de tan digno Prelado, y corone sus deseos de ver levantada una hospedería cristiana y capaz en la piadosa Villa de Guadalupe, que tanto se echa de menos para comodidad de los peregrinos! El ejemplo de Querétaro no ha sido perdido, y á las peregrinaciones no muy infrecuentes y harto piadosas de la cercana Puebla, se han ido añadiendo las de diócesis lejanas, como en el 12 de Agosto, (1893) la de Sinaloa, de que dieron cuenta detallada los diarios católicos.

§ III.

Importancia social de las peregrinaciones.

—Combaten al espíritu del mundo.

—Son como elocuente protesta de religión y de fe

¿Tienen alguna importancia las peregrinaciones? Demasiada ciertamente. Hoy que el respeto humano causa á la Iglesia tantas defecciones, y aparta tantas almas de las sendas de la fe, y las arroja en los abismos de la impiedad y de los vicios, las peregrinaciones vienen á ser como una protesta clara, solemne, pública y colectiva contra la mundana cobardía. La peregrinación dice á esos espíritus cobardes y apocados: “Ved como todavía hay cristianos, no de solo nombre, como vosotros; sino cristianos de acción, que dejan sus hogares, é interrumpen sus negocios, y erogan fuertes gastos, y emprenden largas jornadas, y admiraos no vienen á las fiestas civiles de Mayo ó de Septiembre; no vienen á solazarse en vuestros paseos, ni á divertirse en vuestros teatros; no vienen á admirar vuestras estatuas ni á visitar vuestros museos; no acuden de lejanos estados

á oír cantar á la Patti, ni ascienden en vuestros globos cautivos; nó, vienen á visitar una Imagen milagrosa, que ni siquiera se encuentra en el centro de la ciudad, sino en humilde Villa; vienen á depositar sus escasas economías, no en vuestros almacenes ni en vuestros bancos, sino en las manos de los sagrados ministros que las impenden en los gastos del culto, ó en las obras colosales emprendidas por la fe en la basílica guadalupana. Vosotros nos miráis al pasar con la sonrisa del desprecio ó con el gesto del sarcasmo y de la mofa; nosotros os miramos con el desden del cristiano por el mundo, ó con la ternura de la compasión que exita vuestra ceguedad y vuestra ruina.

Así, la peregrinación, es la fe en acción oponiéndose al espíritu del mundo; es la idea religiosa, triunfando de la materia grosera; es el espiritualismo triunfando del positivismo; es lo sobrenatural y sagrado, batiendo en brecha al naturalismo sensual de nuestra época; es Dios sobre el hombre, como debe ser, en oposición del mundo moderno que ha querido poner al hombre,

sobre Dios, y aun al hombre sólo, con exclusión total de la divinidad. Tal és, descrita en muy breves rasgos, la importancia social de las peregrinaciones en nuestros días.

§ IV.

La peregrinación es un acto de fe, de esperanza, de caridad, de religión, de fortaleza, de paciencia, penitencia y humildad.
— Comprende la oración, limosna y ayuno.

Veámos ahora la importancia de las peregrinaciones en el orden religioso, y para el bien del individuo y del cristiano. Bástanos decir, que la peregrinación es un acto grande de fe; lo es de esperanza, de caridad, de religión, de fortaleza, de paciencia, de penitencia, y de humildad. Es grande acto de fe, porque el peregrino cree en el objeto que de lejos camina á buscar; cree que agrada al Señor dejando sus negocios, abandonando su hogar, erogando gastos costosos, emprendiendo largas jornadas por visitar un Santuario venerado y postrarse ante una imágen muda; cree que Dios se agrada de sus ofrendas, cree que el hombre no vive de só-

lo pan, ni viene al mundo sólo á gozar. Y esa fe, no la esconde en los recónditos pliegues de su espíritu; sino que la externa, la patentiza, la publica: camina como peregrino; visita los santuarios y deja los paseos y recreos de las ciudades. No se avergüenza de Cristo ni de su evangelio, que es el pecado más general, y uno de los más graves de la presente generación.

La peregrinación es un acto de esperanza. El peregrino vá principalmente á orar, vá á pedir con confianza, y el que pide, espera. Vá á pedir por sus propias necesidades; vá implorar la divina clemencia á favor de su patria, de su diócesis, de su ciudad natal; vá á impetrar la misericordia de la Virgen inmaculada, en favor de un deudo extraviado, de toda una familia sumida en el seno del vicio, ó cegada por las tinieblas de la incredulidad. Y como pide en las solemnidades de los santos misterios, ante la Eucaristía patente, en compañía de sus fervientes compañeros, su oración es más ardiente, su petición más confiada, y más robusta su esperanza,

La peregrinación es un acto de caridad y amor de Dios. Sólo á quién se ama y cuando se ama, se visita desde lejos; sólo el amor facilita el sacrificio, y allana las dificultades, y proporciona las expensas, y hace emprender largos caminos. La visita es uno de los actos que del amor proceden, y que al mismo tiempo lo conservan y fomentan; por eso los que se aman, sea con honesto, ó con perverso amor, no pueden vivir sin verse, ni verse sin visitarse; y por eso el cristiano, que ama á la Madre de Dios como á su madre propia, pues que lo es en verdad, ya que no puede aun mirarla con sus ojos de carne en la inmortal belleza de su gloria, la mira en sus imágenes y retratos, y se deleita y se encanta, al contemplar, siquiera sean pintadas, (y más cuando lo han sido de un modo prodigioso,) las facciones amadas de la Madre por quien suspira.

Sí; indudablemente, la peregrinación es un acto de caridad ardiente.

Lo es también de la virtud de la religión, por que esta tiene por objeto el culto que á Dios, y á su Santa Madre,

y á los santos sus amigos debe tributarles; y el que ca mina en peregrinación va á tributar un culto interno, pues que el amor le lleva; externo, pues todas sus manifestaciones son sensibles y exteriores; público, pues la practica á la faz del universo, y ante todo el que tenga ojos y quiera mirarle y oídos y quiera oírlo; solemne, pues es presidido siempre por los ministros sagrados, en medio de las solemnidades de la Iglesia.

Es la peregrinación, en nuestros días, un acto, á veces heróico, de fortaleza; porque en aquella, el cristiano desafía los dichos y las burlas; desoye los malos consejos, atraviesa los caminos alabando al Señor, sin hacer caso de las censuras é injurias de otros viajeros profanos é impíos; atraviesa las ciudades atrayendo curiosas y burlonas miradas, y aun á veces es objeto de la rechifla, y aun se le arrojan piedras é imundicias, como en las peregrinaciones romanas más de una vez ha acaecido. El acometer tal obra y en tales circunstancias, ¿no és, pues, una obra de fortaleza, heróica á veces?

La peregrinación es una obra de paciencia, porque hay que sufrir las incomodidades del camino; las molestias de la posada; las exacciones, de los que todo lo explotan; las noches de insomnio; las viandas desacostumbradas, las lluvias torrenciales.....Es una obra de penitencia: todos los trabajos y penalidades se aplican en satisfacción de los pecados, las incomodidades por los pasados goces; las largas y fatigosas plegarias por la asistencia á teatros y cantares; la mala alimentación por la intemperancia y los excesos.....Lo es de humildad; porque el vestido, la postura, el semblante, el alejamiento de los goces, el sitio más bajo en las clases de los vehículos, todo respira humildad y modestia cristiana, por poco que el peregrino quiera portarse como corresponda á la grande obra que acomete.

La peregrinación, contiene además aquellas tres virtudes de que habla magníficamente Santo Tomás, (*) y que tanto aprecia la Iglesia, que las

(*) 4. d. 15. q. 2. a. 2. q. 2.

prescribe en los grandes jubileos: la oración, la limosna y el ayuno; por la primera se entrega el corazón y la mente, por la otra, los bienes exteriores ó de fortuna, y por el último el brío y fortaleza del cuerpo, por lo cual abarcan todo el hombre. Y en la peregrinación se ora; en la peregrinación se presentan ofrendas; en la peregrinación se ayuna ó se practican otras obras penales.

Ahora bien, ¿no traerá grandes y preciosas ventajas al cristiano, la práctica de una obra que entraña los actos de tantas y tan grandes virtudes? Ciertamente que sí; y por eso algunos santos, se han santificado con sólo el ejercicio de continuas peregrinaciones, como en tiempos recientes José Labre, canonizado por el Sr. Pío IX. (*)

(*) Su preciosa Vida se halla en la Librería de los señores Herrero y compañía, México.

§ V.

Circular de la Mitra de León.—Predicación.—Entusiasmo de los fieles.—Las Hijas de María.—La lucha del bien y del mal.
—Triunfo é inscripción

Descendamos ahora un poco al terreno de los hechos. Apenas publicada y conocida una Circular de la Mitra de León, en la que el Prelado invitaba á todos sus diocesanos á la peregrinación, para celebrar en la Villa de Nuestra Señora de Guadalupe la fiesta anual que esa Diócesis solemniza el día 15 de Agosto, leyóse en esta Parroquia (Irapuato,) dicho documento á los fieles, y se les explicó largamente y en siete ú ocho ocasiones lo concerniente á las peregrinaciones, desarrollando ampliamente los conceptos que en los párrafos anteriores no hemos hecho más que indicar.

La palabra de Dios produjo sus frutos en corazones ya bien dispuestos, y señalados por su tierna devoción á la Madre de Dios: un entusiasmo inmenso agitaba los espíritus: todos ansiaban por tomar parte en una obra tan santa

y provechosa; todos hacían gestiones por arbitrar recursos; lo que después de año y medio de grande penuria, ofrecía para muchos, dificultades casi insuperables. La noble y hermosa Asociación de Hijas de María, establecida veinte años há por las Hermanas de la caridad en esta población, está formada de jóvenes amantísimas de la Virgen inmaculada, á quien honran de un modo especial, como á Madre, y ellas fueron, naturalmente, de las más empeñosas y entusiastas por la peregrinación: hablaron á sus padres, imploraron á sus hermanos, oraron sobre todo, ante su buena Madre; muchas lloraron largas horas y casi días enteros; y la Santísima Virgen, atendiendo á sus súplicas les alcanzó por fin la consecución de sus deseos. Las peripecias de ese arreglo, en cada una de ellas; las circunstancias providenciales, los recursos adquiridos de un modo casi maravilloso: el cambio de voluntades de los deudos antes obstinadamente adversos á la salida: las impensadas y súbitas dificultades promovidas por el demonio enemigo y estorbador de todo lo bueno; pero

sobre todo, enemigo terrible y estorbador tenaz de cuanto se refiere al culto y á las glorias de la Madre de Dios: el vencimiento inesperado de estos obstáculos y estorbos: la realización de la obra bajo los mejores auspicios: el camino emprendido en día sábado, consagrado á la Madre de Dios, y en el día 12, conmemorativo de la aparición guadalupana; todo esto, digo, era un vasto cuadro, en el que un observador atento y reflexivo podría contemplar las varias faces de la eterna lucha del bien y del mal sobre la tierra: el odio sátnico de la serpiente contra la Mujer y el aplastar de la cabeza de aquella por las plantas virginales de María Inmaculada. Detalles íntimos y menudos, pero mucho más dignos de ser conocidos y estudiados, que esos repugnantes detalles de los gestos y del hablar y del vestir de los criminales en sus prisiones, con que llenan los diarios sus columnas, y alimentan la insaciable curiosidad de sus lectores. Pero no descendamos á mayores detalles, bástanos decir que ochenta Hijas de María, y entre ellas, la mitad de las doce que componen el

consejo directivo; la Presidenta y Vicepresidenta; la Secretaria y la Tesorera con dos Consejeras, formaban como la vanguardia del pacífico ejército que marchaba á pelear contra los tres grandes enemigos, que al serlo del alma, lo son al mismo tiempo de Jesucristo y de su Santa Madre. Y decimos, la vanguardia, porque otras cien personas se alistaban al mismo tiempo en la misma milicia de peregrinos, y al lado de las Hijas de María, y otras ciento se inscribían por otra parte con otro Jefe del ejército del Señor, quiero decir, con otro celoso sacerdote, deputado por el Parróco del lugar al efecto. Con varios grupos de personas del campo, que sin dar su nombre en los registros de inscripción, caminaron á pié hacia la santa Villa, puede asegurarse que la peregrinación de Irapuato excedió de trescientas personas. Un diario de México, asentó que el total de los peregrinos de la diócesis de León ascendía á mil quinientas almas; creemos esa suma exajerada, y nos parece mejor informados El Pueblo Católico de la misma León, que en su número del 13 de Agos-

to, estima en un millar el número total de peregrinos.

§ VI.

El óbolo de los pobres.—Los coches de tercera clase.—La multitud en la estación.—
La instalación de las Hijas de María.
El Ave maris stella.

Marcha el tiempo; los días de inscripción se estrechan; la listas se llenan; los que van; ya gozan, los que quedan se angustian, pero se conforman; los pobres, exhortados desde el púlpito á caminar en espíritu y á mandar en su lugar un óbolo que lleve consigo sus deseos y sus afectos, llegan uno á uno á depositar esas monedas de cobre, que forman el haber de nuestro pueblo. Desarrapados y miserables, que parecen venir á solicitar una limosna, no acuden en esta vez para pedirla, sino para ofrecerla, ¡y cosa increíble! de esas monedas de ínfimo valor multiplicadas por el celo y la devoción se forma un contingente del valor de ciento diez pesos, que la mano que esto escribe, deposita en dos billetes en

la bandeja de plata que recoge las ofrendas de los peregrinos.

El día ansiado de la partida llega. Tres wagones de tercera clase pedidos á la Empresa del Ferrocarril, llegan por la mañana de México y permanecen cerrados para aguardar á los peregrinos. Son tres, porque los peregrinos son trescientos: son de tercera clase porque los peregrinos son pobres en su mayoría, y porque los que no lo son, quieren mezclarse con ellos y afrontar las hablillas que pueden tacharlos de avariciosos, y ahorrar algún valor para ofrecer sus ofrendas y convertir al coche en templo donde poder recitar y escuchar al que lleve la voz, lo que no podría lograrse en coches con asientos de travez como los de primera y segunda clase.

Desde una hora antes de la llegada del tren procedente de León, una inmensa multitud se apiñaba en la estación á lo largo del terraplén por el cual había de aparecer: una lluvia tenaz y copiosa, que á poco sobreviene, no quita á nadie de su puesto, ni impide la llegada sucesiva de los 300 peregrinos

rodeados de sus familias, de sus amigos y conocidos que desean despedirse de ellos y presenciar la partida. Por fin los viajeros llegan, asaltan los espaciosos wagones que acaban de ser abiertos, introducen cajas, envoltorios, paquetes, y más que todo, cestos enormes con asa, abundantemente provistos de comestibles y utensilios de mesa. Un coche especial se ha tomado para las Hijas de María, que con una contraseña preparada de antemano se abren paso á través de una multitud confusa que habla, grita, se agita, gesticula y se oprime de un modo espantoso. Hay que desalojar algunas personas que furtivamente se han introducido, operación difícil y penosa, pero que al fin se practica, y las Hijas de María poseedoras de su coche-oratorio, acompañadas sólo de algunos excelentes señores, sus padres ó hermanos, toman sus asientos y colocan lo mejor que pueden sus mil y un bultos que llenan el andén corrido superior que se halla á ambos lados, y repletan los huecos inferiores de los asientos. Todo es hablar y más hablar, preguntarse y responder-

se, pedir objetos á las personas de fuera, dar recados, hacer y recibir encargos. . . . Entretanto los tres coches son enganchados, los viajeros se sientan y acomodan, la multitud se remueve y se retira un tanto; la marcha se aproxima. . . . De improviso en el coche-oratorio las suaves voces de un armónico se dejan oír: el director de la Asociación preludia é indica un aire que las Hijas de María conocen al instante: es una melodía en tiempo ternario, de estilo entre canto llano y figurado, compuesta exprofeso para entonar el Ave maris stella. ¡El Ave maris stella! el más hermoso de los himnos que se entonan á la Madre de Dios, el himno que ella misma mandó á Santa Brígida recitar cada día en sus monasterios para librarla de inminentes peligros: el himno que forma las delicias de los devotos de María, y que contiene hermosas alabanzas, poética salutación y devotas plegarias: el himno con que las hijas de María comienzan la ceremonia de su recepción, y cantan en sus piadosas asambleas: el Ave maris stella, entonado por setenta dulces voces, hendía los

aires y llevaba á los oídos de la multitud exterior sus conmovedores acentos. Los corazones, se sentían henchidos de gozo, de ese gozo suave, tranquilo, íntimo y profundo que sólo nuestra religión sabe inspirar, y que conmoviendo dulcemente los espíritus, hacía asomar las lágrimas á los ojos. Entretanto un impío masón muy conocido por su rabia antireligiosa, hacía por disimular su furor ahogándolo en risas que se esmeraba en hacerlas aparecer burlescas. Caminaba en coche de 1.^{ra} clase... Desgraciado! Nadie hizo caso de sus gesticulaciones, y compadecieron más bien su locura.

§ VII.

La partida.—El rosario gozoso.—La bendición de la mesa.—La caída de la Imagen Guadalupeana.—Un día de retiro en ferrocarril.

Por fin el silvido de la locomotora, y los toques de la esquila, repetidos, indican la inmediata salida: los que están de pié se sientan, los que van á permanecer parados se afirman y apoyan: los